

"El Mercurio Valenciano"
Valencia, 19 enero 1919

RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo I

Ratpenaterías

MARIANO. — Nosotres, en cortesia,
y en us de la oteromía...
(Eduardo Escalante: «La Chala»,
escena XVIII.)

Estoy leyendo los sainetes valencianos — los más de ellos bilingües — de Eduardo Escalante, que me traje, como delicado obsequio del Ateneo Mercantil, de esa ciudad del Cid y del rey En Jaume. Y leyendo esos sainetes llenos de fresca y espontánea poesía popular no he podido menos que compararlos con las rimas catalanas, que no valencianas, de aquel delicadísimo poeta que fué en lengua española Vicente Wenceslao Querol. Ninguna de las cinco poesías en catalán que figuran en las «Rimas» de Querol puede competir con las españolas. Son poesías joco-florales que huelen y saben a artificio y convención.

El que quiera sentir la valencianidad — no el valencianismo, que es otra cosa — de V. W. Querol, su amor a su tierra y pueblo nativos que lea sus poesías españolas «A un árbol», su «Carta a mis hermanas», y sobre todo aquella maravillosa — una de las más hermosas poesías en «nuestra» común lengua — titulada «Ausente», pero que no lea los «versos llegits en los Jochs florals de Barcelona de l'any 1872», y titulados, como era de rigor, «Patria, Fides, Amor». Estos versos no son más que ratpenaterías.

Ni podía ser de otra manera. Al escribir Querol sus rimas catalanas — que no valencianas, repetimos — se encontraba preso no a la labor de expresar poéticamente lo que sentía, sino de fraguar una lengua que no le era propia, en que ni pensaba ni sentía. Porque Querol pensaba y sentía en español — o en castellano, si queréis — o en valenciano, en el valenciano de Eduardo Escalante y de Baldoví, pero no en el catalán ratpenatesco o joco-floral. Querol, aunque tan fino, tan distinguido, podía decir con el Miguel del sainete «Cheróni y Riteta», de Escalante:

«Com el valencià
no 'l usa molt, la paraula
la té mes espeletiva
en castellano.»

La musa catalana, aquella de que tan soberanamente habló mosén Verdagner en su magnífica poesía «L'Arpa», no era en la Valencia de Querol y de Escalante más que una musa convencional, un estro — o tábano — político. Cuando «Serapio» en el susomentado sainete «Cheróni y Riteta» dice: «Me pican mucho las musas», le responde «Cheróni»: «¡Pos a rascarse al corral!» Hay musas de que hay que rascarse.

¿Es que en Cataluña misma hoy, después de Maragall, el hombre más comprensivo que hemos conocido, aquel que nada excluyó, el que en su amor a su Cataluña incluyó un amor fortísimo a to-

da España y a todos los pueblos de lengua española, es que en Cataluña, después de Maragall, no se ha degradado la poesía en artificiosas delicuescencias no más que por el pedantesco empeño de fraguar una lengua lo más diferencial posible, una lengua defensiva, una lengua de señoritos que buscan en el traje y no en la manera de llevarlo su personalidad?

Oigamos lo que Gabriel Alomar nos dice en «Los Lunes de «El Imparcial», de Madrid, del día 13 de este mes:

«Los poetas actuales de Cataluña buscan la inspiración en el contagio educativo de sus lecturas, en los refinamientos, tan efímeros casi todos, de las escuelas profesionales extranjeras. Estamos presenciando el fenómeno de un nuevo trovadorismo, o, si se quiere, una nueva generación de conceptistas. La poesía es ya una construcción esotérica de verbalidades, manifestación de multiformes collegios aleusiacos; parece, en ocasiones una tortura que el poeta se inflige a sí propio («autotimorramenos») para producir, torturada también, su frase poética. Hay algo de masoquismo en esa violencia pasional. El poeta necesita subir al trípode sibilino para poder cantar. Esa evolución de la poesía se parece mucho a la que media entre la sincera espontaneidad del pensamiento filosófico y la argücia profesional de los sofistas, prontos siempre a convertir en trampolín de sus acrobacias intelectuales cualquier tesis que se les ofreciese. No incurramos en abogadismo de la poesía. No hemos de ser nosotros quienes llamemos, como mendigos, a la puerta de la inspiración, sino ella quien sacuda nuestro sueño y se imponga a nuestro labio para que transmitamos la voz del misterio que ella nos dicte.»

Esto es muy exacto y se debe a que esos autores de sonetos eleusinos y aristocráticos o de prosas delicuescenas en una lengua y un estilo que son extranjeros en todas partes, esos señoritos «novecentistas» — ¡pedantísimo motel! — que desdeñan por incomprensivos a los que viven en más ardiente y mordiente realidad popular, todos esos andan buscando, más que una personalidad ética, una apariencia de ella, y la buscan en un vestido de fantasía, en que hay retazos de trajes de payés. Algo así como los trajes de charra que en Carnaval visten aquí, en Salamanca, algunas señoritas de la tierra... o forasteras.

Prosigue Alomar, y dice:

«Lo curioso es que algunas de esas escuelas han llegado a imponer a la incurable multitud de los «snobs» una especie de glosolalia impresionista, que quiere reducir a fórmula algebraica la sugestión lírica.»



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

Ratpenaterías



Esa glosolalia impresionista proviene del empeño de hacer «diferente». Ni es posible hacer poesía fresca, viva, sincera, es decir, poética, con el empeño de hacer con ella la lengua y de diferenciarla, y ello más por motivos políticos que culturales.

¡Y no digamos nada en mi tierra nativa, la vasca! Las poesías que hoy se escribe allí en vascuence no se puede leer las. Son el colmo del artificio. Más disparatadas que las poesías en esperanto.

El «Mirayo» de Mistral ha sido el monumento funerario del provenzal, su

tumba poética. Y lo ha sido porque ya la lengua de Mistral es una lengua convencional y falsa. Su labor fué más la labor de filólogo que de poeta. Escribió con un diccionario provenzal a la vista y procurando meter en sus versos los vocablos ya anticuados y los esparcidos en distintas regiones de Provenza, pero no comunes a toda ella. Y dentro de poco los marselleses leerán el «Mireyo» como los griegos modernos la «Odisea» o los judíos de hoy el «Cantar de los cantares» hebreo, y en cambio seguirán cantando la Marsellesa en francés.

Las ratpenaterías no pueden con la vida.

Miguel de UNAMUNO.

